

# ¿QUE QUIEREN ESTA GENTE QUE LLAMAN DE MADRUGADA?\*

Miquel IZARD  
Universidad de Barcelona

BERGALLI, Roberto y Enrique E. Mari (Coords.), *Historia ideológica del control social* (España-Argentina, siglos XIX y XX), Barcelona, 1989, PPU, XXIII, 688 pp.

Hace unos años se decidió restaurar la Quinta Anauco de Caracas, convertirla en museo colonial y mostrar a futuros visitantes cómo era una residencia de la oligarquía esclavista y encomendera. Recobrar el edificio no fue problema, pero sí decorarlo y amueblarlo. Como no había otra posibilidad, en la misma Caracas, recurrieron a las iglesias pidiéndoles cuadros o cachivaches. El resultado era de maliciar, absolutamente todas las pinturas son sacras, muchos santos, las tres formas de la divinidad y toda la corte celestial.

Por supuesto, a cualquiera que visite la Quinta, el guía le endilga, «Ustedes ya saben, la sociedad colonial española era muy beata y santurrón, por eso las paredes están llenas de imágenes conventuales».

Y como dice el amigo, y excelente historiador, Jaume Torras, a quienes cultivamos las ciencias sociales lo que más nos interesa son los periodos de cambio y, yo añadido por mi cuenta, el gran cambio; la transformación por antonomasia en el pasado, ha sido la transición de la sociedad autosuficiente a la excedentaria, iniciada en el siglo XVII y acelerada en el siguiente, lo que otros llaman y no me parece propio, la transición del feudalismo al capitalismo o revolución burguesa (en adelante RB). Y cuando piensas interpretaciones diferentes intentando captar una época que cada vez luce más confusa, conforta extraordinariamente encontrar aportaciones más o menos en tu vía.

Resumiría mis hipótesis sugiriendo, frente a las falacias del liberalismo, que había una esperpéntica diferencia entre lo que decían de su programa y lo que éste era en realidad. La nueva sociedad que iban a implantar —la liberal, burguesa, capitalista o excedentaria— era incoherente (llamaban justicia a lo que nada tenía que ver con ella), coercitiva (el recurso a la fuerza y a la represión devino coti-

---

\* Así empezaba, en catalán, una canción interpretada por M.<sup>a</sup> del Mar Bonet sobre las actuaciones de la temida «secreta» franquista.

diano), sin futuro (el atentado ecológico no demoraría en evidenciarlo), por lo que los promotores de la bellaquería debieron, necesariamente, recurrir a la violencia (que pronto degeneró en sadismo) para imponerla a la mayoría que, de natural, no la quería aceptar. Y un importante rostro de esta violencia fue, por descontado, perpetrar un discurso sobre lo acontecido —enmascarando su propio programa y escamoteando el rechazo de las clases subalternas, casi toda la gente— discurso elaborado tan sibilinaamente que han conseguido que historiadores progresistas lo hayan hecho suyo, como explicación del triunfo de las luces sobre el oscurantismo. Puesto que, y éste es otro de los embelecos del discurso, hay una brecha impresionante entre lo que los liberales dijeron del período que ellos llaman feudal y lo que éste fue en realidad. No soy, por supuesto, apologeta de aquella época, pero debería intentarse conocerla mejor y, en cualquier caso, no olvidar que la represión fue muy ténue —quizás no era tan necesaria— o era una represión peculiar de la que sabemos bien poca cosa.

Contrariamente —y vuelvo sobre ello— en nuestra sociedad las formas de la represión, o del control social, son dantescas y de ellas se ocupan en profundidad los trabajos coordinados por Roberto Bergalli y Enrique E. Mari.

La obra me parece, en primer lugar, novedosa y estimulante desde diversos puntos de vista. Por mi peculiaridad profesional (enseño historia de América y de Cataluña) tengo ya tiempo sugiriendo la necesidad y conveniencia de cotejar los pasados de América Latina y España, en especial en la época contemporánea, dadas las muchas similitudes, más o menos vinculadas a una transición periférica al excedentismo.

En segundo lugar se ha conseguido coordinar especialistas procedentes de diversas ciencias sociales, de algunas de las cuales, antropología o sociología, puede llegarnos la necesaria y deseada renovación en los estudios sobre el pasado.

En tercer lugar son bien de agradecer el aparato crítico y la abundante bibliografía sobre ámbitos poco conocidos.

Y dejo para cuarto y último lugar lo para mí más importante. El libro es resultado de una tarea crítica, pero mucho más que eso: ante lo que está ocurriendo en el mundo —violencia y/o prepotencia en América Latina, nuevo engatusamiento de los pueblos del Este europeo, hambre y miseria del Sur para que el Norte siga despilfarrando— sólo quedan tres opciones, devenir sacralizador del sistema, convertirse en funcionario del olvido (haciéndose el loco y no dándose por enterado), o proceder a denunciar; lo que algunos, rasgándose las vestiduras, anatematizarán tachándolo de militancia; lo harán quienes se justifican con la «ley de obediencia debida», los profilácticos, esterilizados, que trabajan con preservativo para no contagiarse y poder evacuar un producto primoroso, incontaminado, imparcial, objetivo que dicen ellos.

La primera parte de la obra viene precedida por una sugerente introducción teórica del amigo Bergalli y siguen once colaboraciones desmenuzando los distintos aspectos de la represión en la España contemporánea; si bien el mismo coordinador advierte que faltan algunos, referidos a los niños o sobre los militares.

Mary Nash, es consabida su idoneidad, se ocupa del grupo doblemente violentado (como miembros, en su mayoría, de las clases subalternas y como mujeres) analizando algunos de los mecanismos de perpetuación y/o transformación del sistema patriarcal: desigualdad política y educacional, subordinación, segregación ocupacional o discriminación en el ámbito laboral.

J. Antón, M. Peset y P. Andrés se ocupan del aparato jurídico. El primero, con su ya conocido talante cuestionador, desmenuza el papel jugado por el derecho

en nuestra RB y la elaboración de un conjunto concreto de normas represivas que calificaron de «leyes naturales». Por supuesto, teniendo en cuenta lo que he dicho al principio, comparto con Antón su dictamen sobre la realidad y limitaciones de esta RB (18 y 26). Peset disecciona la ideología de las facultades de derecho de donde surgían los abogados y donde se producían, reproducción y transmitían las leyes. Mientras Andrés se ocupa de los jueces y de la administración de justicia, enfatizando la persistencia de leyes del siglo pasado que, a su vez, se inspiraron en las del antiguo régimen; denunciando, además, las limitaciones de la supuesta y tan cacareada independencia del poder judicial.

En su excelente y sugerente artículo Recasens explicita el papel de las fuerzas policiales, estudiando —frente a la policía institución o función— el aparato policial, como parte integrante de los instrumentos de control a disposición de las clases explotadoras para imponer su proyecto económico y su forma de gobierno a todos los demás.

La policía lleva a las cárceles, de las que se ocupa Serna Alonso, denunciando la *normalidad* penitenciaria, la violencia cotidiana de lo ordinario y el embrutecimiento propio del encierro, más allá de lo más escandaloso que es conocido en el exterior. Pone también en evidencia cómo la sociedad burguesa, en nombre de la igualdad, recluye a los que no se someten a la norma; y Serna enfatiza cómo buena parte de la problemática se derivó, precisamente, del rechazo al proceso de proletarización o excedentización (361).

Lozano Seijas se ocupa de la educación, por supuesto, uno de los principales rostros del control en el nuevo sistema; es una de las aportaciones más telegráficas por ser la más ambiciosa cronológicamente, ya que por razones obvias no todos los colaboradores han podido ocuparse del mismo lapso temporal; Lozano menciona contados éxitos y sus muchos fracasos, aunque de nuevo debemos preguntarnos el significado de estos calificativos, ¿éxito para quién, para el sistema, consiguiendo que la chiquillada interiorizara la represión desde el principio?, o éxito para la gente al, precisamente, no conseguirse.

Alvarez Uría se interesa por la que quizás fue la más esperpéntica de las formas de represión, la medicina mental (cuestionando el trato en los espacios de internamiento), y por la psiquiatría en función de la defensa social, mostrando la relación entre los problemas psíquicos y las diversas variantes de la violencia social.

La beneficencia, como otro medio de control, es presentada por Carasa Soto, en relación con la mentalidad y los intereses materiales de los diferentes gobiernos, llamando la atención sobre el rol jugado por las cajas de ahorro para que la gente aceptara esta peculiaridad del discurso liberal.

Yáñez Gallardo trabaja una forma de compulsión que sigue poco clara. ¿Cuál era la actitud de los gobiernos liberales, o conservadores que da lo mismo, frente a la emigración?, ¿la tenían como válvula de escape o la restringían, teóricamente, al máximo, quizás con una mentalidad rémora de centurias anteriores?

Y la, creo que marginal, cuestión del catolicismo social innovador —una anomalía inoperante en uno de los pilares fundamentales de la represión, la religiosa— es abordada por Carrasco Calvo.

\* \* \*

Ricardo Kunis, en la última entrega sobre la Argentina que quizás aclara el nivel de las demás, esquematiza la actual y brutal crisis de la universidad que,

señala lapidariamente, «se encamina sin remedio aparente a un colapso en el que neufregarán medios y fines, voluntades e ilusiones, actores y proyectos».

Juan Carlos Portantiero se ocupa del que es, de alguna manera, el tema central, las crispadas vinculaciones entre estado, clase dominante y cuestión social, resultado de identificar, como ocurrió en todo el mundo capitalista, las clases subalternas con «clases peligrosas» y también señala los vaivenes entre represión, prevención e integración para neutralizarlas desde el poder. El autor, dividiendo el período en cuatro etapas, enfatiza como, en la Argentina, se pasó de conflictividad fronteriza con indios y gauchos a conflictividad urbana con clases populares compuestas, en un elevado porcentaje, de inmigrantes extranjeros y del fracaso radical se pasó a la militarización que enfocó la cuestión social como tema de «seguridad nacional», tratándola de forma paternalista o fascista.

Hector Cordone estudia las organizaciones de los perjudicados por el proceso de excedentización a través de lo que él llama movimiento obrero, subrayando el cariz dantesco disciplinario de las normativas empresariales en el trabajo o en la vivienda. El artículo aporta cantidad de información estadística, un esquema pormenorizado de la «organización obrera» y un impresionante relato de la esperpéntica represión de 1910; la oligarquía argentina celebró el primer centenario de la *independencia* volviendo a aplastar la insurgencia popular anticapitalista, lo que ahora ya no podía camuflar como cruzada nacionalista.

Ester Kaufman se ocupa detalladamente del principalísimo puntal de la represión, el militar, centrándose en nuestra centuria. Mientras Hugo E. Biagini y Hugo Vezzetti lo hacen de dos rostros bien interesantes del discurso ideológico de aquella, el racista y el médico. El primero, cómo no, menospreciando lo aborigen y sacralizando lo europeo y deslumbrándose con el caso norteamericano. Vezzetti se centra en obras de Rawson, Ramos Mejía y otros, y en novelas médicas de Argerich y Podestá.

La obra contiene, además, tres aportaciones muy monográficas. Beatriz Sarlo se ocupa de la modernización urbanística de Buenos Aires, mencionando curiosos aspectos, de la publicidad como informante del cambio de costumbres; Fernando J. Devoto desmenuza los proyectos y debates de la comunidad italiana (1850-1880); Jorge E. Dotti ha escogido a Juan B. Busto para diseccionar, también pormenorizadamente, el positivismo argentino.

Me ha parecido excelente, y de un elevado valor propedéutico, la breve pero densísima presentación de Enrique E. Mari a esta segunda parte. Queda claro que trabajos como los suyos, frente a los perpetrados para enmascarar el pasado, evidencian y permiten entender las vinculaciones entre seguridad del estado e injusticia social, así como los sistemas propios de valores, imágenes y creencias que colaboran con la represión y la descargan de violencia física.

Sin duda alguna, una de las peculiaridades del sistema capitalista es ser intolerable para la inmensa mayoría, pero más espectacular si cabe es que el sistema, salvo en momentos de crisis extrema, es soportado. El profesor Mari se pregunta por los mecanismos que hacen posible la interiorización de las desigualdades y su aceptación como algo inevitable, insuperable o aceptable.

. . . .

No sería correcto, ni de recibo, concluir estas notas sin referirme, de nuevo, al primer coordinador, que tanto ha hecho por este campo de la investigación, no por casualidad ninguneado y menospreciado, porque al sistema no le interesa que

se evidencien sus miserias. El profesor Bergalli es estudioso y víctima de la represión, de uno de los estigmas, lo acabo de mencionar, del excedentarismo, que supuso que millones de gentes abandonaran, coercitivamente, su tierra; los antepasados del profesor Bergalli debieron ir de Italia a la Argentina, los milicos le obligaron a él a venirse para acá.